

## Némesis

*por María de los Ángeles Boniardi*

Cuando la ira es intensa, produce asco. Esa cara con la mueca estúpida, la nariz angulosa brillándole. Somos dos tipos de mediana edad, que empezamos juntos. Yo podría ser un Salieri, salvando la genialidad y un par de cuestiones. ¿¡Pero él ser un Mozart!?! No existe en el multiverso. En este punto no hay comparación, porque a mí lo que me enoja le enojaría a cualquier humilde mortal. Ni crítico, ni vanguardista. Hoy fuimos a la presentación de la obra. Eran ciento veintidós hojas. Una a una fue pasando y yo quise reírme en tantas ocasiones que me atraganté y tuve que levantarme para ir al baño del bar. La mayoría estaba tomando café o cerveza. Era el punto de la tarde-noche en que cualquiera de esas opciones es muy buena, no así un café con leche. “Déjate de joderrr” lo dije en voz alta mirándome al espejo salpicado. Las microgotas que dejé al levantar la cabeza eran el marco justo para esas palabras. Alguna cosa nos está enfermando. Me vi como en una película donde el artista prueba tanto, que se va desdibujando en excesos. Qué delirio. Así llegamos a admirar, en su momento, a Marcio Carabetti. Uno de los tantos que aprovechó de haber salido del barro. Hizo de su martirio e infancia una venta despiadada. Ya ahora no era el pobre Marcio, tenía contactos. Su versión querible había quedado para mí en esa gala pseudo intelectual en el que participamos los dos, a beneficio del hospital infantil. Tuvimos una charla mientras tomábamos un vino malbec traído de La Rioja, lo mejor de esa noche. La charla fue subiendo de tono. Marcio fue a fumar al balcón y yo lo seguí con la copa en la mano. Ya no quería hacer negocios conmigo, así nomás, ni se

tomó el tiempo de explicarme, de buscar alguna excusa, nada. Pensar que fui yo, en realidad Mabel mi mujer, quien le presentó a su actual pareja. Tanto sacrifiqué por él y ahora, me sentía la ofrenda para dioses insaciables. Esta tarde no pude decirle que no a ella. Marcio ya me había escrito un mail, de esos enviados a varios contactos, también mensaje de WhatsApp, tipo cadena. No hubiese ido sin los ruegos de Mabel.

Salí, llovía fuerte, el olor al piso mojado, a tierra me reconfortó un poco. Pensé que debían ser demasiadas las bacterias en el suelo para que oliera tan fresco. Mientras respiraba a conciencia y la cara se me iba volviendo roja del frío, leí la cartelera. Con letras tipo máquina, describía la obra de Carabetti como genialidad, que dejaba atónita a la crítica con su valentía. Y bueno, al principio no lo creí, pero después lo vi en las redes explicando cada detalle. Tenía entrevistas tan seguidas que contrató una secretaria.

Volví a mi silla, me pedí otro café y le dije a Mabel con un movimiento de cabeza que todo estaba bien. Ella me miró y después siguió con la imagen de Marcio, sentado en el centro de la plataforma. Tenía un micrófono de pie que solo dejaba escuchar el correr de las páginas en blanco, su tanpreciado libro de ciento veintidós hojas, su exhibición obscena de la nada.